

CONTRA UNAMUNO

(a donde quiera que se encuentre)

Unamuno, que sufre además de hipocondría, manía epistolar, escribe una carta privada más. ¿A quién? A su “amigo Azorín”. “Reserve esta carta”, le dice. Y, ciertamente, el amigo Azorín la reserva, pues ya es pública. En esta carta el sabio filósofo, poeta, novelista, catedrático de griego, y otros saberes, insulta a otro sabio que no sabe tanto y no pretende ser el inquieto “agitador de la conciencia adormecida de los españoles”. Hablo de Ramón y Cajal, el único premio Nobel de Medicina español hasta no hace tanto. Marañón elogia a Unamuno; Marañón elogia a Ramón y Cajal; Unamuno denigra mezquinamente al “archivulgar” histólogo español. ¿Qué piensa el señor Marañón situado en el vértice de ese triángulo? Metido en su hormiguero – dice el rector salmantino – Cajal “desbarra incluso cuando habla de histología.” Según vemos, el sabio Unamuno, además de filósofo, poeta, novelista, catedrático de griego y tábano socrático de las conciencias adormiladas, es un experto conocedor observando las células con microscopio. Ser un científico célebre no supone, claro está, entender de todas las materias- aunque sí opinar humildemente de ellas -, pero más reprobable es “despreciar lo que se ignora”, como dice Machado. La valoración de los científicos corresponde a los científicos. Pero escuchemos al inquieto “agitador de las conciencias españolas”:

“qué ven en ese hombre archivulgar que tuvo la suerte de encontrar un camino (de coloración) para llegar antes que otros a ver unas *cositas* (la cursiva es mía) del tejido cerebral (sic)”

¡Tuvo la suerte! Vamos, como si andando por el camino el señor Cajal se hubiese encontrado por azar un trébol de cuatro hojas. Poco importa el enorme esfuerzo constante, las horas de trabajo paciente, dedicadas al avance de la ciencia, y todo ello en laboratorios rudimentarios comparados a Europa, escasos medios de investigación y con

una bibliografía alemana que pagó con su nada profundo bolsillo. Y quien llega “antes” es precisamente aquel que abre un camino a quien viene detrás. Cuando Unamuno habla de “cositas” del tejido cerebral, en ese diminutivo “cositas” demuestra ya su desprecio hacia la ciencia. Nada extraño en quien soltó aquello de “que inventen ellos” y puso a san Juan de la Cruz por encima de Descartes, como si tal comparación no fuese ya de por sí estúpida (¿Goethe o Einstein?), pues no es posible comparar valores supremos de órdenes diferentes. Ortega escribió a la muerte de Unamuno que éste pertenecía, junto a Bernard Shaw, a esos escritores que pensaban que el público existía para escucharlos a ellos. “Os traeré la República”, afirma cuando se va al exilio en Francia. Y Azaña corrobora que Unamuno piensa que él, don Quijote contra los molinos de la monarquía, había traído con su pluma el régimen republicano. En el final de la carta, el rector salmantino se queja del “espíritu rebañego fascinado por la ramplonería”. “¿Que podemos hacer?”, pregunta a Azorín. Tal vez, quizás, puede ser, en lugar de hablar tanto de sí mismo, de su propio yo (disfrazado de egotismo) hacer escuela formando discípulos Como hizo Ortega en la filosofía y Cajal en la ciencia.

Pablo Galindo Arlés

17 de julio de 2025